

## //LITERATURA SOÑADA//

---

CARLOS PUJOL

Hay un hecho muy bien conocido y recordado, porque todos hemos sido niños: la existencia, en la segunda mitad del siglo XIX, de grandes novelas de aventuras exóticas. Grandes por su atractivo irresistible y su capacidad de levantar sueños, más que por unas cualidades estéticas propiamente dichas. Es la época de Verne (a quien no llamamos Jules, sino Julio, porque es como alguien de casa), Salgari, Karl May, Rider Haggard y otros, sin olvidar a novelistas de mucho más fundamento, como Stevenson, Conrad y Kipling, que podrían sumárseles. Pero en este caso, no se habla tanto de literatura como de estupendos fabricantes de quimeras.

Ahora la niñez y la adolescencia quizá fantaseen de otro modo, con dragones, magos, monstruos, vampiros y princesas de otras galaxias; la imaginación se ha hecho más irreal, más imposible, no se conforma con lo que, echándole buena voluntad, puede pasar por verosímil. Y es que el mundo se ha hecho más pequeño, tiempo atrás la aventura venía de fuera, en el Amazonas o en los mares del sur podía pasar cualquier cosa, siempre maravillosa y emocionante; hoy hasta el último rincón del planeta está al alcance de un clic, el Internet y los viajes de bajo coste lo ponen al alcance de cualquiera.

Francia, Italia, Alemania e Inglaterra están representadas en nuestra escueta lista, países que estaban comiéndose con mucho apetito pedazos de lo que en la actualidad llamamos tercer mundo; aunque curiosamente ninguno de estos autores explotó las experiencias del colonialismo rampante en novelas de cierta ambición. El caso del *Kim* de Kipling en el año 1900 es diferente, no sólo por la importancia intrínseca de la novela, sino porque la India, tal como nos la contó con acierto prodigioso, para él era casi su patria, había nacido allí y la conocía perfectamente.

En cambio, nuestros grandes clásicos infantiles no escribían sobre lo que habían visto, sino sobre lo que habían soñado. En ellos casi todo es fantasía, atemperada por muchas lecturas, pero en resumidas cuentas guiándose sobre todo por la imaginación. Es bien sabido que Verne apenas salió de Francia, y al parecer las estancias en el extranjero

de Karl May y de Salgari no fueron muy significativas; Rider Haggart sí vivió en África (fue secretario del gobernador de Natal), pero *Las minas del rey Salomón* deben mucho más a la invención novelesca que al reportaje. Sin embargo, estas historias se ajustan en la medida de lo posible al realismo.

Las historias de la literatura casi no hablan de ellos, salpican sus referencias con adjetivos despectivos, “adocenado” es uno de los más frecuentes; y desde luego si los comparamos con un Balzac o un Dickens, por ejemplo, hay que reconocer que se comprende que se les haya relegado al ghetto de los libros infantiles. Best-sellers en su género, pero en muchos sentidos bien poco exigentes en la manera de escribir, con una existencia circunscrita a ediciones baratas donde alternaban con Rocambole y otros disparates novelescos.

Verne tenía algo de visionario, tamizado por una fe inquebrantable en los beneficios de la técnica, anunciando los grandes inventos del siglo siguiente; con la ciencia era más circunspecto, y una de sus figuras habituales, la del sabio despistado, que lo sabe todo de su especialidad, pero no se entera de nada en la vida cotidiana, muestra la paradoja de su desconfianza respecto al saber. Y no digamos su miedo, que se encarna en los personajes de sabios locos y desalmados capaces de sumir al mundo en el caos y la destrucción. Cuidado con la ciencia, nos viene a decir, será dueña del mundo, pero es peligrosísima.

¿Y qué decir de sus héroes y antihéroes, todos de palo, sin un matiz, obedeciendo a sus prejuicios nacionales: chauvinismo frenético (todos los franceses son buenos, valientes, simpáticos y gallardos), rencor inextinguible para con los alemanes, vencedores de la guerra franco-prusiana, que desgajaron de Francia la Alsacia y la Lorena; los ingleses son arrogantes y maniáticos, y los judíos tortuosos y perversos (el antisemitismo es una constante en su obra). En cuanto a los españoles, no pasamos de ser unos comparsas perezosos e irresponsables.

A diferencia del buen burgués que siempre fue Verne, rico y famoso, May y Salgari fueron personas sombrías y fracasadas, con vidas tristes que conocieron la pobreza. May estuvo en la cárcel varias veces por robos y desfalcos, además de sufrir perturbaciones mentales, y Salgari se suicidó de un modo aparatoso y teatral, haciéndose una especie de hara-kiri con un sable japonés. Haggart, que terminó siendo Sir, tuvo una existencia más plácida, pero en sus novelas hay un borrascoso mundo interior que salta a la vista, y su obsesión por la muerte da una inolvidable truculencia a sus libros.

Extrañas enseñanzas, pues, las que se transmitían a sus lectores infantiles, aunque hay que recordar que la tradición de los cuentos populares —más o menos edulcorada en sus detalles para no escandalizar demasiado— es también bastante siniestra. Parece que la humanidad siempre ha creído no sólo que la letra con sangre entra, sino también que las historias para niños tienen que aderezarse con miedo y horror, en el mejor de los casos con un desasosiego subliminal.

Karl May, que fue una de las lecturas favoritas de un niño austríaco llamado Adolf Hitler (pero no hay que sacar de eso conclusiones precipitadas), tiene por ejemplo un capítulo terrible en las aventuras de Old Shatterhand por el Far West: el de la muerte de Winnetou, el noble y simpático jefe de los apaches, que uno recuerda como una gran conmoción en sus años infantiles, el descubrimiento de que los buenos también mueren de forma irremediable (aunque el autor lo resucitó en otros episodios porque aquello no podía acabar así).

Estos viajeros inmóviles, que escribían sobre el ancho mundo desde el sillón de su casa, a veces con no poca amargura, hicieron soñar a muchas generaciones de niños, que también se sentían encadenados a la vulgaridad de un rincón familiar o del pupitre de una escuela. Y que perdonaban lo imperdonable, como que Verne diera rienda suelta a sus afanes didácticos, siempre aburridísimos, informándonos con todo pormenor de la flora y la fauna de países muy lejanos, fascinantes por el hecho mismo de ser remotos y de ofrecer ancho campo para todas las aventuras.

Los niños españoles no fueron una excepción en el entusiasmo general por ese tipo de novelas, más bien descabelladas y con una ambición literaria de vuelo muy corto. Quizá mejor así, nada estorbaba sus sueños de evasión. Pero hagamos notar que no nos incorporamos a esta corriente de quimeras bien urdidas aunque algo baratas. Y eso que en nuestro siglo de oro —cuando tampoco se noveló en España la conquista del nuevo mundo, ya que los cronistas de Indias nos dieron documentos, crónicas, no ficción— ya existían precedentes tan ilustres como el *Persiles* cervantino, cuyos protagonistas se pasean por exóticos lugares, en palabras de Azorín, “peregrinando por mares desiertos e islas misteriosas”.

Diríase que en España se tomó la dirección opuesta; nada de viajar imaginativamente, todo lo contrario, encerrarse en un ámbito regional. Los mejores novelistas de aquel entonces se repartieron las peculiaridades localistas del país, como para no hacerse la competencia entre sí, cada cual a lo suyo. Para uno los temas andaluces, otro eligió los gallegos, el de más allá los valencianos o los asturianos o santanderinos. Y en lengua catalana no faltó su equivalente catalán. Fue como un reparto del costumbrismo español, y en cambio la aventura se traduce.

Era otro tipo de literatura, pero está claro que la mentalidad era de mirar hacia dentro, hacia el terruño, no hacia fuera, y abandonaba las nuevas generaciones infantiles a los extranjeros. En España cuando se nos habla de novela social es que nos van a vender costumbrismo. Uno piensa que no teníamos más remedio que perder las últimas colonias. No se trata de comparar *Fortunata y Jacinta* con Miguel Strogoff, pero aquí no se comparan valores literarios, sino actitudes respecto al lector. Literariamente hablando, ¡qué poco aventureros eran nuestros antepasados!

¿Galdós ambientando una de sus novelas en las fuentes del Nilo? No, pero no haber tenido ni un Verne, ni un May, ni un Salgari... Ni una maldita novela de piratas (y eso que sufrimos más que cualquier otro país los estragos de la piratería), ninguna evocación imaginada de aventuras en América, aunque los españoles fuimos pioneros y protagonistas en aquellos escenarios. El Far West nos lo vendieron admirablemente y de forma perdurable los de Hollywood.

Hasta que ya muy tarde, en nuestra posguerra, los quioscos, por la módica cantidad de dos o tres pesetas de entonces, empezaron a repartir las maravillas del Coyote de José Mallorquí, y de colecciones que hacían soñar: “Hombres del Oeste”, “El pirata negro”, “Norte”... Posteriormente hubo Marcial Lafuente Estefanía y otros. Nadie ha prestado mucha atención a esa caudalosa novelística industrial, muy bien hecha dentro de su estilo, pero sobre todo cubriendo necesidades hasta entonces descuidadas.

En los anuncios por palabras de una *Vanguardia* de 1938, en plena guerra civil, podemos leer entre líneas desoladas historias personales de penurias, miedos,

incertidumbres y desesperanza; hasta que inesperadamente nos topamos con alguien que se ofrece a comprar “todas las novelas de Salgari” que puedan venderle. El mundo se estaba derrumbando sobre su cabeza, y su único consuelo era acompañar desde su casa a Sandokán en sus peripecias por la Malasia. Algo es algo, esta literatura de sueños desbocados también puede salvar la vida.